



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA DOMINGO DE RAMOS, CICLO B.

24/III/2024.

Muy apreciados hermanos:

Con esta celebración del Domingo de Ramos, iniciamos, solemnemente, la Santa Semana en la que conmemoraremos (haremos presente aquí y ahora), los misterios que nos concedieron la salvación: la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Hemos escuchado, atentamente, la larga lectura de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, la cual nos relata los sufrimientos que experimentó Jesús en la última etapa de su vida.

El Evangelio es como un espejo: no hay más que abrirlo para poder reconocerse en él. Con mucha claridad, nos dice la Carta a los Hebreos que *“la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”* (Hb 4, 12) y Timoteo: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”* (2Tim 3, 17).

Podemos identificarnos con los personajes que participaron en la pasión y sus actitudes. Por eso, sin miedo a equivocarme, puedo decir que, en la pasión de este año se mueven los mismos actores que en aquel remoto tiempo de Cristo.

Nosotros estamos representados en cada uno de los personajes que allí actúan:

- En primer lugar, **los indiferentes**: son los cansados, los meros espectadores, que no les gusta meterse en líos, que dejan hacer a los demás. ¿Ante cuántas injusticias y dramas hemos demostrado nosotros esa indiferencia? Son los que participaron en la exaltación de Jesús con los ramos en su entrada triunfal en Jerusalén, y con su silencio, indiferente y cómplice, en su pasión y muerte.

- Están, también, **los verdugos**. No podrán faltar, son los mismos de siempre - con sus métodos brutales y sádicos, con sus corazones de piedra. Allí están los que flagelaron y crucificaron a Jesús, los que lo blasfemaron y escupieron, los que se rieron de Él. ¿Cuántas veces nosotros hemos sentenciado a otros con nuestros juicios injustos, y nuestras calumnias arbitrarias?

- No falta la misma **víctima**, inocente, dolorida, paciente. Vemos a Jesús y a su Santísima Madre, a Verónica y las santas mujeres. Hoy, hay más víctimas que nunca: justos que sufren, inocentes perseguidos, viejos inútiles, huérfanos, encarcelados en todo el mundo. Pero no hay que ir tan lejos. A nuestro lado hay quienes sufren, lloran, pasan hambre, están enfermos, no tienen trabajo, se sienten solos, sin misericordia. Y así Jesús, con mil rostros distintos, sigue estando en medio de nosotros, y vuelve a iniciar cada día el camino hacia el Calvario.

- Y, como siempre, están los **cobardes y presuntuosos**: son las personas que en los momentos difíciles dicen, como San Pedro, que “*no conocen a este hombre*”. Son los apóstoles, y la gran cantidad de discípulos, que huyeron, porque no querían correr la misma suerte. Son cristianos que, a lo mejor oyen muchos sermones, participan en la misa todos los domingos. Pero cuando las cosas se ponen feas, cuando hay cruz y se derrama sangre, entonces dicen que no tienen nada que ver con Él, que no conocen a ese hombre. ¿Quién de nosotros no es también cobarde, en determinados momentos?

Permítanme, en esta homilía, centrar la reflexión en el Apóstol Pedro. Nos parecemos mucho a él. Conozcamos, un poco, como fue su vida de fe durante este momento terrible de la pasión, su pecado de omisión y su recuperación, que se dio gracias al amor misericordioso del Señor, que no quiere que el hombre se condene, sino que se salve.

Antes que Pedro negara a Jesús, cuando Jesús anuncia que los apóstoles lo abandonarían, Pedro, en voz alta y firme, exclama: “*aunque tenga que morir contigo, no te negaré*”. Y Jesús le responde: “*antes que el gallo cante, tú me habrás negado tres veces*”.

- Fueron **tres las negaciones de Pedro**. Y cada una fue más grave que la anterior: la primera delante de una criada, a la cual le dijo que no conocía a Jesús; la segunda, no se contentó con declarar que no conocía a Jesús, sino que juró no conocerlo; la tercera vez no solo juró que no conocía a Jesús, sino que se dedicó a decir maldiciones.

- Pedro fue un **hombre sincero**. ¿Cómo llegamos a conocer las negaciones de San Pedro? Fue el mismo Pedro quien las narró en sus sermones, y permitió que su secretario las escribieras para que fueran recordadas después por todos los siglos.

- Pedro **no se avergüenza y no oculta esa parte oscura** y triste de su vida, porque quiere manifestar la grandeza y el perdón de Jesús. Nos quiere decir: así como Jesús me perdonó, al traicionarlo en el momento de su más grave situación, no se olvidó de mí y me fue a buscar a la orilla del lago.

- Pedro cometió un gravísimo error: **el exceso de confianza en sí mismo**, presumía de su fortaleza espiritual. Creyó que, por sus propios medios y esfuerzos, podría enfrentarse a cualquier situación que apareciera. Jesús, sin embargo, sabía que Pedro no era tan fuerte como se creía.

Todo esto nos da una enseñanza: las negaciones de Pedro, tanto a él como a nosotros, enseña dos verdades fundamentales de nuestra fe:

- La primera es que, para ser apóstol, y mucho más para ser la piedra-fundamento de la Iglesia, uno no debe contar con sus propias fuerzas sino con la ayuda del Señor.


- La segunda, es que el perdón de los pecados es parte esencial del anuncio del Evangelio. Pedro y la Iglesia apostólica no tenían ningún reparo en contar este hecho,

porque en él se muestra la misericordia de Dios y el verdadero significado de la pasión. Bastó que el Señor lo mirara, para que se diera cuenta de la gravedad de su pecado y pidiera perdón.

Dice el Papa Benedicto XVI: *“La escuela de la fe no es una marcha triunfal, sino un camino salpicado de sufrimientos y de amor, de pruebas y de fidelidad que hay que renovar todos los días. Pedro, que había prometido fidelidad absoluta, experimenta la amargura y la humillación de haber negado a Cristo; el jactancioso aprende, a costa suya, la humildad. También Pedro tiene que aprender que es débil y necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras este llanto ya está preparado para su misión”.*

Queridos hermanos, estamos muy acostumbrados a detenernos en la cobardía de Pedro, pero tengamos en cuenta, también, su gran amor al Maestro. En Pedro, más grande que su cobardía, fue su inmenso amor hacia Jesús. Sabemos que, posteriormente el Señor, viendo el arrepentimiento de este gran hombre lo puso al frente del Colegio Apostólico y después entregó su vida dando testimonio de fe y amor a Jesús.

Seamos humildes en el seguimiento de Jesús, y no nos olvidemos lo que nos dice la experiencia: ***“los humildes presumieron de ti, Oh Señor, y triunfaron. Los orgullosos presumen de sí mismos y fracasan”***. ¡Que así sea!

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fermin
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/074